

ta con un infante número de páginas más que la nuestra, para que influya a salvar el Chaco ni el prestigio insalvable del periodismo del país; pero de todos modos, está servido.

Después de lo relatado, el lector ha de sentir hondamente el ridículo que se desprende de esa falsa solicitud, por la cual se quiere inculcar al indio la enseñanza de las primeras letras, cuando en sus adentros, ellos, crearán con toda buena fe que la mejor civilización es la suya y no la nuestra, No les faltará razón para ello. Por lo menos siguen siendo más consecuentes con sus creencias y métodos de vida.

Retrocedamos unos quinientos años, en el deseo de realizar una equiparación provechosa.

Quejita el inca Garcilaso en "Historia de la Florida", lo siguiente. Refiere a los primeros conquistadores que llegaron a una isla de las presentes Antillas a implantar la civilización española:

"Los de la isla se presentaban muchos que, como hemos dicho, los criaba en gran número, y entonces estaba aquella tierra próspera y rica y muy poblada; de indios, los cuales poco después dieron en ahorcarse casi todos; y la causa fue, que como toda aquella región de tierra sea muy caliente y húmeda, y la gente natural que en ella habita era regalada y floja, y para poco trabajo, y como la mucha fertilidad y frutos que la tierra tiene de suyo, no tuviesen necesidad de trabajar mucho para sembrar y recoger, que por poco maíz que sembraban cogían por año más de lo que habían menester para el sustento de la vida natural, que ellos no pretendían otra cosa; y que como no conociesen el oro por riqueza, ni lo estimasen, hacíaseles, demasadamente, por poca que fuese la molestia que sobre ellos les daban los españoles: y como también el demonio incitase por su parte y con gente tan simple y viciosa y holgazana pudiese lo que quisiese: sucedió que por no sacar oro, que en esta isla lo hay bueno y en abundancia, se ahorcaron de tal manera y con tanta prisa que hubo día de amanecer cincuenta casas juntas de indios ahorcados, con sus mujeres e hijos de un mismo pueblo, que apenas quedó en él hombre viviente, que era la mayor lástima del mundo verlos colgados de los árboles como pájaros zorzales cuando les arman lazo; y no bastaron remedios que los españoles procuraron e hicieron para lo estorbar. Con esta plaga abominable se consumieron los naturales de aquella isla y sus comarcas que hoy casi no hay ninguno. Desde este hecho sucedió después la carestía de los negros, que al presente hay que llevarlos a todas partes de Indias para que trabajen en las minas."

También aquí, expresamente quisimos conservar la fidelidad ortográfica y la redacción para dejarle su pristino sabor. Por lo transcripto se comprobará de cómo los primitivos pobladores de este continente recibieron la flamante y bárbara civilización que se anhelaba infiltrarles en sus ámbitos, nada más que con el viejísimo método de la esclavitud inicua y brutal.

Desde entonces, para el aborigen no cambió mucho la situación. Las minas entonces; los yerbales, los quebrachales, los algodones ahora, la esclavitud y la, masacre es la misma. No tan degenerados los bisabuelos de las presentes tribus, preferían darse la muerte con sus propias manos antes que ser esclavos, y les quitasen la vida macos ajenas. He ahí en qué estriba la única variante de esta eterna tragedia.

La resurrección de un mito

Ni en sueños hubiéramos podido imaginar que llegaría a ser el momento de tener que lidiar contra el fantasma de una resurrección del mito de la comunidad de intereses revolucionarios entre la burguesía y el proletariado. Nos habíamos forzado estos años por matar en nuestro movimiento la ilusión de la unidad de clase, haciendo ver que la suposición de Marx, según la cual los trabajadores están llamados fatalmente a realizar tal o cual misión histórica, es un sofisma inconsistente e insostenible; habíamos tratado de hacer comprender que el ser trabajadores no es bastante para ser factores de revolución; y con la historia y la realidad en la mano, hemos empleado varios años de nuestra vida en quebrantar el dogma del valor revolucionario de la organización obrera en sí; hemos señalado por todas partes hechos e ideas que demuestran meridianamente que el proletariado puede servir lo mismo a las fuerzas de la revolución que a las de la reacción y que no está sujeto a ningún fatalismo histórico; la guerra y los años subversivos de la post-guerra nos facilitaron la tarea, pues evidenciaron de un modo bien claro que la contrarrevolución no hubiera triunfado sin la ayuda activa o pasiva de las organizaciones obreras reformistas. Hemos visto en casi todos los países, que después de la guerra, en los años de su quietud y de fermento revolucionario, sólo una fuerza ha sido capaz de contener los elementos propulsores de una nueva vida: la fuerza representada por los llamados partidos obreros y por las organizaciones sindicales reformistas. Por eso hemos saludado con júbilo la aparición del libro *L'Italia fra due Crispi* de Armando Borghi, que en resumen veñía a contribuir, con la descripción de la experiencia italiana, al sostenimiento de nuestra tesis.

La labor hubo de ser tenaz pero nos alentaba el pensamiento de que matábamos dos pájaros de un tiro: destruíamos ciertas ilusiones sindicalistas marxistas en el proletariado revolucionario y definíamos claramente la posición ideológica y práctica de los anarquistas como fuerza revolucionaria autónoma. Por último, habíamos creído liquidada la cuestión de los frentes únicos y nos prometíamos una fecunda propaganda de difusión y de esclarecimiento de las ideas. La Asociación Internacional de los Trabajadores, el organismo que hoy representa el mayor conjunto de fuerzas libertarias, se colocó definitivamente en un plano anti-unificacionista.

Nos habíamos regocijado por el triunfo indudable, no obstante no haber hecho mella alguna en la interpretación de Malatesta y Pabbi en lo referente a la organización obrera y al proletariado.

¿Pero qué diremos ahora? Ya no se trata de un ilusorio frente único proletario prestigiado por algunos anarco-marxistas y sindical-marxistas. ¡Ahora se trata de un frente único de los anarquistas con la burguesía supuestamente liberal! ¡Y esto no acontece en 1789 o en 1830 o en 1848, sino que ocurre ante nuestros ojos, en 1925! Más aún: los que prestigan ese paradójico unionismo no son aquellos camaradas a quienes se pudiera acusar de desviaciones sindicalistas, sino los que se pretenden anarquistas purísimos.

La cuestión garibaldina que se debate entre los anarquistas italianos, como la cuestión "revolución a todo precio" que aun no ha desaparecido de entre los camaradas españoles, es uno de los fenómenos más desagradables y más incomprensibles que hubieran podido presentarse en nuestro movimiento.

¿Será preciso ocuparse en serio de la lucha contra el frente único de los anarquistas con la burguesía liberal? ¿Será preciso volver a renovar una polémica como la realizada por Bakunin contra Mazzini y el mazzinismo y que continuó Malatesta contra Giuseppe Garibaldi? ¿Y en el año 1925?

Según parece, las amargas experiencias de estos últimos diez años no dicen nada a la conciencia de los revolucionarios y la historia de la burguesía ha sido totalmente olvidada.

Señalemos un contraste: el fracaso del período revolucionario de 1848 cristalizó en el cerebro de Proudhon sus ideas anarquistas, como testimonian las *Confesiones de un revolucionario en el siglo XIX*; igualmente vino a nacer ese período el pensamiento libertario de un Coeurderoy y de un J. Dejaque.

La derrota de la Comuna de París en 1871, no sólo contribuyó más que nada a consolidar nuestras ideas, sino que dió realmente vida en Europa al movimiento anarquista, simbolizado entonces por la Internacional. Más aún, hombres como Marx y Engels y el Consejo General de la Internacional proclamaron la *finalidad anarquista de la revolución*. Basta leer las obras de Marx, *El 18 Brumario*, y *La guerra civil en Francia*, esta última en forma de Manifiesto de la Internacional, para convencerse.

¿Cuál ha sido el resultado del período revolucionario de 1917 a 1921 para el anarquismo y el movimiento anarquista? Una crisis de ideas y un diluvio de confusiones que han amenazado y que amenazan aún reducir a la impotencia por muchos años la vida de nuestro movimiento. Es doloroso constatar que el anarquismo ha perdido terreno en el período de la guerra y de la post-guerra, en lugar de haberse afirmado como la única fuerza realmente revolucionaria.

No investiguemos quién tiene la culpa de ese triste resultado, que nos impidió aprovechar las magníficas confirmaciones de nuestras ideas dadas por la revolución rusa y por las revoluciones de los países centrales de Europa, lo mismo que por las tentativas hechas en Italia. Posiblemente a todos nos corresponda un poco de responsabilidad. Pero intentemos si quiera poner fin al confusionismo suicida en que nos debatimos e inauguremos un nuevo período de propaganda y de organización revolucionaria.

Cuando leímos en los últimos meses de 1924 el artículo de Armando Borghi sobre *El retorno del quarantotto* (recogido en el volumen *Il bucoletto dei canieri*, Brooklyn, 1925) no teníamos aún noticias exactas de los hechos que lo motivaron y nos pareció un simple fruto literario. Luego vinieron los hechos de la frontera franco-española y la polémica abierta sobre el anarco-garibaldismo y en el congreso de Amsterdam de la A. I. de los T. hubo que examinar el asunto, estableciendo una conclusión que aprobaron sin vacilación los propios delegados de la C. N. del T. de España y de la C. G. T. de Portugal. En la resolución del congreso de Amsterdam no sólo se rechazan las alianzas y frentes únicos con las fuerzas de la burguesía liberal, sino que ni siquiera se admiten los compromisos con los organismos obreros reformistas y por lo tanto servidores de la reacción. Se habla, sí, de una *coincidencia de acción*, que no es lo mismo, y que puede ser completamente independiente de los sentimientos unificacionistas o antiunificacionistas de los participantes en ella como es el caso del putsch de Kapp en Alemania, del asesinato de Kurt Wilckens en Argentina y de otros hechos semejantes. Nada impide que la burguesía liberal luche si quiere con sus fuerzas y por su parte contra la reacción actual. Nosotros seguimos nuestro camino, y si los esfuerzos inmediatos *coinciden*, eso no supone ninguna especie de compromiso o de pacto que desde todos los puntos de vista sólo puede ser nocivo para el movimiento revolucionario. Ni aun pasajeramente, según la resolución del congreso de Amsterdam, es recomendable una acción común o una entente con nuestros naturales enemigos.

La burguesía ha llegado al poder en todos los países y el proletariado, o al menos su parte consciente y revolucionaria, hizo suya esta vieja frase: *La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos*. ¿Querrán algunos camaradas modificar esa fórmula en este sentido: *La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de una coalición de los dominadores liberales con los dominados revolucionarios?*

Pero es preciso convenir una cosa: la burguesía liberal es numéricamente insignificante, y es liberal sólo en tanto que no disfruta del presupuesto del Estado y mientras las condiciones políticas le obligan a pasar al campo de la oposición. En el poder la burguesía es siempre... la burguesía; los tintes rojos se desvanecen como por encanto, y si el peligro de la revolución es serio, toda democracia se convierte en dictadura. La cantinela de la república mejor que la monarquía y de la monarquía constitucional mejor que el imperio aristocrático, se presta a fundamentales rectificaciones. Nadie pondrá en duda que el imperio inglés es mucho más liberal que el régimen comunista ruso y que la república alemana socialdemócrata de los Scheidemann y de los Noske ha sido más contrarrevolucionaria que el reino de Suecia. La reacción es independiente de la forma de gobierno, puede manifestarse en todos los sistemas políticos. Y los camaradas españoles que en el fondo suponen que una república podría ser mejor que una dictadura militar, deben recordar el nombre de Emilio Castelar y el bombardeo de la Comuna de Cartagena, que trae a la memoria la derrota de la Comuna de París siendo Thiers presidente de la república, o la represión de la rebelión de Kronstadt siendo Lenin y Trotzky soberanos de la Rusia soviética. Hay, ciertamente, diversas formas de reacción, y preferimos las menos agudas y las que recurren menos a las bandas asesinas o a la opresión rigurosa de nuestra propaganda: es natural; pero esas formas de reacción no están ligadas a una determinada forma de gobierno. Dependen de la capacidad de resistencia del proletariado y de la combatividad de las fuerzas de la revolución. Si dispusiéramos actualmente de una fuerza proletaria organizada volveríamos a reconquistar las posiciones perdidas y la dictadura tendría que suavizar sus modales y reprimir sus usurpaciones. Si la dictadura impera soberana en el mundo en esta hora, es porque no halla ninguna resistencia a sus crímenes y a sus violencias. Pero no nos ilusionemos, la resistencia a la dictadura no puede venir más que de nosotros; la burguesía opositora, por roja y liberal que se suponga, no puede tener interés en volver al poder con ayuda de aquellos mismos a quienes quiso aniquilar de la derrota del paso libre a los dictadores de la hora. Y si lo hace es porque tiene la seguridad de utilizar nuestra ayuda en contra mismo de nosotros y de nuestras ideas y movimiento.

Por lo demás, sería ridículo dar la mano, aunque sólo sea pasajeramente, a quienes contribuyeron, con su odio a la revolución, a fomentar el fenómeno dictatorial de nuestros días.

En el número de *Fede!* del 18 de octubre se lee un artículo sobre la Liga de los Derechos del Hombre firmado C. L. P. El autor se ve en la necesidad de poner en guardia a nuestros camaradas sobre la propaganda proselitista de dicha Liga en Francia, que sedujo ya a algunos anarquistas. ¿Aun no terminó la cuestión garibaldina y tenemos ya esta otra nueva macabroza de la burguesía política liberal? ¿Cómo es posible concebir una incomprensión tan grande de la naturaleza de nuestro movimiento? ¿Cómo es posible esa resurrección de la fe de los revolucionarios proletarios en la burguesía?

Indudablemente no es mala labor la de esos señores que se preocupan por salvar a algunos desgraciados víctimas de la reacción; nosotros se lo agradecemos y nos congratulamos de esa chispa inextinguible de humanitarismo en los miembros de la clase social dominante. Pero nuestra gratitud no nos lleva a acoger el deseo de una confusión de nuestra labor con la de ellos. No negamos un buen corazón al señor Juan Robres, aquel que hizo edificar un hospital después de haber hecho los pobres. Pero ese buen corazón no corresponde al nuestro, que hubiera comenzado por no hacer los pobres previamente.

"Cada uno en su puesto", sí, y el puesto de los anarquistas no está en las filas de la burguesía, con la cual, después que la burguesía arrancó el poder político a la vieja nobleza con ayuda del proletariado, no pueden tejer más relaciones que las que son lógicas entre los explotados y los explotadores, entre los dominados y los dominados.

D. Abad de Santillan

La burguesía, el proletariado y la reacción Internacional

I

No hay mayor impotencia creadora que la ocasionada por el espíritu de imitación, que infla constantemente nuestro ego con la sugestión de una personalidad extraña y por consiguiente mata, en nosotros todo rasgo de originalidad y de libre desenvolvimiento. Cuando nos empeñamos en imitar los actos y gestos de un personaje histórico cualquiera, no llegamos más que a formar una caricatura ridícula que sofoca nuestra espontaneidad. Se ha visto esto en la inmensa mayoría de los llamados discípulos de un creador literario; se ha visto en los períodos de boga de los héroes de la gran revolución francesa, y tal vez ha contribuido el ejemplo ruso con sus héroes artificiales a cegarnos en el período subversivo de la post-guerra, pues al querer seguir los pasos de los Lenin y Trotsky hemos perdido la noción de nuestra realidad y desaprovechado oportunidades únicas. Esto no quiere decir que debemos cerrar los ojos a la admiración de los hombres que han sobresalido por sus cualidades de pensamiento, de acción, de tenacidad y de espíritu de sacrificio; todo lo contrario, no está reñida esa admiración con la conservación de nuestro carácter y de nuestra personalidad; más bien contribuye a despertar nuestras posibilidades de ser y a familiarizarnos con el autoconocimiento.

Los pueblos que hacen las revoluciones no conocen siquiera los nombres de Danton y de Robespierre, y aquellos que surgen con las hazañas del uno o del otro raramente son capaces de ningún acto digno de su memoria.

Lo mismo podríamos decir de los diversos períodos históricos; no negamos que puedan presentarse accidentalmente épocas que fungen un precedente en la historia, pero la pretensión de vivir en una realidad dada con la memoria y el espíritu de un pasado más o menos sugestivo, es extremadamente peligrosa porque puede cegarnos para la apreciación de fenómenos y de hechos singulares de una significación capital.

Cuando leemos en nuestra prensa ciertos juicios y ciertas consideraciones teóricas y tácticas, no podemos menos de pensar en la influencia que tienen las lecturas en el fortalecimiento o en la desviación de nuestro pensamiento. Se ha leído alguna historia de la gran revolución francesa, de los acontecimientos del 43 o incluso de la Comuna de París y se pretende que los mismos factores que en otro tiempo entraron en escena, deberán entrar de nuevo y más o menos en la misma forma. Esa ceguera puede sernos fatal.

Ya se han hecho algunas dolorosas experiencias que habrían podido tener consecuencias más funestas si no hubiera reducido la alarma y no se hubiera rectificado el camino iniciado. Aun hace bien poco que una gran parte de los anarquistas italianos de Francia se dejaron llevar por la propaganda garibaldina y se mostraron dispuestos a enrolarse en una pretendida expedición militar contra el fascismo, mezclados a esa minoría burguesa descontenta del régimen de Mussolini. Recientes están aún las experiencias hechas por los camaradas españoles en sus concomitancias con ciertos partidos políticos burgueses para una supuesta acción contra Primo de Rivera; y los compañeros de Portugal tuvieron buena oportunidad de recibir una lección intuitiva, de primer orden. En Brasil, los camaradas intentaron aprovecharse de la revuelta militar de Sao Paulo, de carácter liberal pero no por eso menos profundamente burguesa; el resultado fue una era de persecuciones que está lejos de haber terminado. También una parte de los camaradas de Chile parece haber perdido la brújula en ocasión del golpe de Estado militar. Tan sólo los compañeros de México, habituados ya al eterno juego de los asaltos al poder de que es aquel país teatro, han llegado a la convicción de que en las disputas de los aventureros de la política no tienen nada que hacer los trabajadores, y en su inmensa mayoría permanecen pasivos e indiferentes.

Se impone, pues, el establecimiento de una línea de conducta de los anarquistas en el período que vivimos, de acuerdo

a las condiciones actuales de la estructura social y no según el cartabón de pasadas épocas más o menos análogas en apariencia a la presente.

Vivimos en pleno florecimiento de las fuerzas de la reacción. Cada día nos llegan noticias frescas de nuevos crímenes y nuevas usurpaciones. La ciencia humana es miserablemente pisoteada y las pequeñas conquistas, que tanta sangre había costado arrancar a los dominadores, han sido violentamente anuladas. El banditismo oficial celebra verdaderamente orgías. En otros tiempos la gente de mal vivir salía a los caminos a asaltar los viajeros inermes; hoy esa misma gente de mal vivir se ha convertido en representante de la autoridad y en conservador del orden público. La guerra continúa haciendo estragos; la sangre humana continúa manando por mil heridas y la única paz que se entrevé es la paz de Varsovia.

No ignoramos, pues, la magnitud de la tragedia, de la hora, ni somos ajenos al dolor inmenso que producen en los corazones sensibles las proporciones de la catástrofe de libertades y el panorama de ruinas. Pero no cerramos los ojos ni nos echamos en brazos del primer redentor que llegue. Sabemos muy bien en qué situación se hallan las diversas fuerzas sociales y no esperamos la resurrección de los milagros. Y un milagro sería la concordia, aunque fuese pasajera, de la burguesía liberal con el proletariado revolucionario.

No ignoramos una cosa: la burguesía no teme ya la concurrencia del feudalismo, como en otros tiempos; un siglo atrás aún el poder político y en parte también el poder económico, estaba en manos de la nobleza hereditaria; la burguesía solicitaba el derecho a la libre expansión de su espíritu y de sus ambiciones y fué forzada a recurrir a la revolución. La burguesía llegó al poder por medio de la revolución, de revoluciones llenas de heroísmo y de nobles ideales. El pueblo acompañó a la burguesía en esas epopeyas, dándole todo el vigor de su espíritu virgen y toda la abnegación de los sedientos de libertad y de justicia. El pueblo y la burguesía habían acompañado antes a los reyes en sus luchas contra el feudalismo, pues el Estado moderno es sin duda un progreso sobre el régimen feudal. Pero de la victoria de los reyes sobre los señores feudales, ni la burguesía ni el pueblo trabajador obtuvieron una posición social mucho más digna. Fué preciso luego la lucha contra la realeza y la nobleza sometida a los reyes, y la burguesía emprendió la lucha, con la ayuda del proletariado; ese período culminó en la revolución francesa de 1789-93, que dió el poder político a la burguesía de Francia; continuó luego muchos años el tira y afloja de la reacción nobiliaria y de la resistencia de la burguesía, y en 1848 se produjo, en algunos países de Europa, la última acción común de la burguesía y el proletariado. Pero luego, como la burguesía se consolidó en el poder político y económico y la nobleza se fundió con la burguesía, el apoyo de los trabajadores no era menester y los nuevos gobernantes respondieron a las demandas obreras con los mismos métodos de represión y de reacción que habían respondido los señores feudales y los monarcas a las reclamaciones de la burguesía. Desde que se consolidó el poder de la burguesía había sido tan estinguido y tan torpé pretender la continuación de la armonía anterior de burgueses y proletarios, como antes hubiera sido estúpido y torpe la pretensión de armonía de burgueses y nobles.

El proletariado, en el moderno sentido de la palabra comenzó a desarrollarse después de 1848 no sólo a causa del desenvolvimiento del capitalismo, como suponen los señores marxistas, sino porque el triunfo político de sus hermanos mayores los burgueses, lo dejó aislado y le dió conciencia de su unidad de intereses, frente a los nuevos dominadores. Esto se refiere al proletariado revolucionario y espiritualmente activo, porque las grandes masas continuaron tan in-

conscientes como antes y continúan aún sin tener la menor noción de su derecho a la vida.

Los anarquistas no deben ignorar esa evolución social y política, pero una prueba de que muchos de nuestros camaradas la ignoran nos la dan las vacilaciones que sienten aún frente a la alianza con la burguesía demagógica. Si tuvieran presente la situación real y no se dejaran guiar por el ejemplo del 1789 o del 48, ¿cómo habría podido ocurrir lo que ocurrió con los anarquistas italianos de Francia, frente al garibaldismo, con los españoles frente al partido separatista catalán y a otros politicantes, con los portugueses frente al peligro de dictadura militar?

Bien sabemos que hay diferencia entre una república liberal y una dictadura fascista y que nuestro deber está en impedir todo empernamiento de la situación política y social de los trabajadores y en conquistar incesantemente nuevas mejoras. Pero eso no lo conseguimos por medio de la alianza con los adversarios nuestros, que pueden tener interés en ser pasajeramente amigos para realizar sus ambiciones. Si existiera la amenaza de un regreso al feudalismo, entonces cabría discutir la oportunidad de una acción común con la burguesía contra el peligro común; pero los golpes de la reacción y el descontento de algunos de nuestros dominadores expulsivos del disfrute del presupuesto del Estado, no implica el menor cambio en las condiciones económicas de vida; lo que constituye la esencia del sistema capitalista; la propiedad privada y el principio de autoridad, sin lo cual el reinado burgués sería conmovido, ha de ser tan celosamente conservada por el gobierno reaccionario como por un sumo gobierno liberal. La convivencia, aunque sólo sea pasajera, con la burguesía, si no acarrea más daños, al menos tiene la virtud de fortalecer en las masas obreras una confianza fatal, pues la esperanza de mejorar su suerte o de emanciparse con ayuda, de los más interesados en encadenarlas y subyugarlas, es el mayor obstáculo que se halla en la vía de la revolución.

Eso no impide una coincidencia de acción a iniciativa del proletariado o de la propia burguesía liberal, pero incluso esa coincidencia de acción, fruto espontáneo de las circunstancias, debe tener lugar al margen de todo compromiso y de toda entente con nuestros adversarios naturales. En ese sentido se expresó el segundo congreso de la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores que aún haciendo resultar el período excepcional de reacción que vivimos, ha manifestado su opinión de que conservemos en todo momento nuestra absoluta autonomía y no abandonemos ni por un instante la brújula de nuestras ideas.

Sonorgamos que la farfalleada de Leonoldo Lugones hubiera tenido más eco y en la Argentina se hubiera intentado seriamente el establecimiento de un sistema dictatorial por el estilo del fascista. Indudablemente habría habido elementos burgueses e intelectuales liberales que se habrían resistido, sino con las armas en la mano, al menos moralmente; se vivía como una vasta protesta en la prensa llenó de ridículo al pobre aspirante a dictador. ¿Cuál hubiera sido nuestra actitud en caso de una amenaza seria de dictadura? Podríamos asegurar que no sólo no se hubiera buscado una concomitancia con la burguesía liberal que pudiera ser adversa a una dictadura, sino que se habría rechazado de plano todo compromiso y toda entente con ella. Habríamos combatido con nuestras propias fuerzas y si la burguesía liberal se mostrara realmente dispuesta a obrar del mismo modo habría resultado una acción común contra la dictadura y amenaza de dictadura. Pero esa coincidencia de acción, no nos habría alado las manos ni por un sólo instante. Al contrario si hubiéramos convenido en celebrar acuerdos previos, es indudable que habríamos contribuido a anudar unos lazos que sólo pueden ser nocivos para los intereses de la revolución, pues la burguesía, por liberal y rosa que se sintoniza, tiene ideas e intereses diametralmente opuestos a los nuestros.

El ejemplo de España y de Italia no es de naturaleza como para obrar dictatorialmente desde un punto de vista táctico. La dictadura fascista en Italia y la dictadura militar en España no han sido menos castigos de Mussolini y de Primo de Rivera; estos personajes se prestaron a encabezar la reacción de la

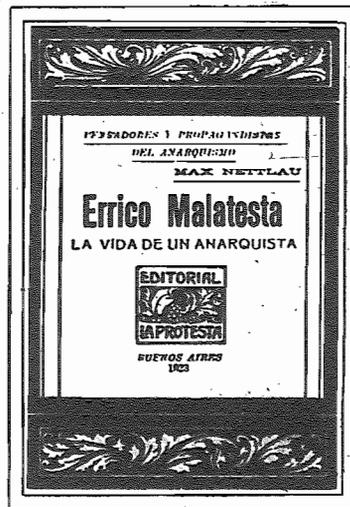
burguesía amenazada por la subversión de la post-guerra. La burguesía entera, incluso la liberal y la supuestamente roja, ha tenido interés en el triunfo de la reacción brutal que vivimos. Creyó que no existía más que éste dilema: o la revolución popular o la reacción, y, naturalmente, no tuvo un instante de vacilación ni podía esperarse que lo tuviera. Además no hay que dejarse ilusionar. Los burgueses descontentos de la dictadura actual, se cuentan con los dedos de la mano; son excepciones muy raras, y en mérito a unos cuantos aventureros, ¿hemos de sacrificar la confianza del proletariado en sus propias fuerzas y recurrir a la ayuda de la burguesía? Si hoy somos impotentes frente a la reacción, no lo seremos menos con el apoyo de una docena problemática de elementos de la burguesía. Procuremos fortalecernos, engrasar las fuerzas de la revolución, y así podremos ser factores co-determinantes del porvenir.

La burguesía ha querido la reacción, ha sacrificado su bolsa para pagar los mercenarios de las bandas asesinas; ha hecho todo cuanto estuvo a su alcance para extirpar el fuego de la revolución proletaria. ¿Cómo pensar que pudiera tener interés en desahuciar con nuestra ayuda lo que ha hecho precisamente en contra nuestra? Sería más que criminal dejarse engañar por un par de burgueses descontentos, que nos dejarán en la primera ocasión y se convertirán de aliados en adversarios si nuestro concurso sirve eficazmente a sus planes y ambiciones.

El tiempo en que una acción conjunta del proletariado con la burguesía, o con una parte de la burguesía, era posible ha pasado y todo intento de desconocer ese hecho es un atentado a los intereses de la revolución.

Nos esforzamos años y años por predicar a los trabajadores que su salvación está en ellos mismos, y que los tiempos del mesianismo han pasado para no volver, y un buen día, con un pretexto u otro, ¿hemos de sacrificar todas nuestras convicciones y asegurar que los trabajadores deben solicitar o admitir el apoyo de la burguesía para la consecución de tal o cual de sus reivindicaciones? ¿No desahuciamos de un golpe la labor de nuestra vida al obrar de ese modo?

IVAN KOLLAR



Un tomo en rústica, \$ 1.20
Encuadrado en tela, \$ 3.50

Enrique Nido
El Pensamiento Filosófico y el Anarquismo " 1.20
Páginas de Afirmación " 0.50
Nicolai Gógol
Almas muertas, dos tomos " 2.00
Reformismo— Dictadura—
Federalismo, por Pedro Esteva " 0.50

Domingo Cayafa Soca
Vaivenes del Vivir — Narraciones — " 1.00

Pedidos a Perú 1637
Buenos Aires

Luis Barye, escultor animáista

Uno de los principales méritos del siglo XIX es el de haber presentado el animal, con ciencia y simpatía, logrando plasmar su silueta, sus movimientos y sus pasiones con nobleza y verdad. Géricault, Delacroix, Parye, fueron los primeros en interrogarlo. Pero, entre todos los que dotaron esa rama del arte de belleza expresiva, Louis Barye es el más grande. Son tan personales sus realizaciones, que puede decirse que le reveló al mundo una nueva forma de arte. Si supo ser un innovador, aplicar la técnica a los caracteres de sus asuntos, pertenece sin embargo a su época, por la presencia dramática y la pasión de que están imbuidas sus creaciones. Es decir, que fué profundamente romántico. Pero muy pronto debía superar el romanticismo, por la rigurosa documentación, el bello equilibrio de sus figuras y la sinceridad de sus ejecuciones. Asimismo, se libra completamente de esta tendencia en las obras de su madurez, que poseen todos los rasgos inconfundibles de la belleza eterna: es decir la armonía simple y robusta que sella los mejores trozos, remontando el período floreciente del arte griego.

Anotemos, de paso, este nuevo valor: que su arte, de un gusto tan puro, es rigurosamente científico. Se basa en el conocimiento profundo del animal, estudiado, dibujado, medido con una prolijidad absolutamente científica. Se deduce que sus creaciones deben vivir según el ritmo de la vida y sobre las leyes de su estructura. Los movimientos más arriesgados de sus modelos, los capta y les infunde un dinamismo vital, merced a sus conocimientos anatómicos. Ha de crear un animal fantástico, un hipogrifo: sus elementos siempre corresponden a una conformación lógica. Jamás la afectación y sí siempre la verdad. Desde el primero al último trabajo, tuvo por ella un máximo respeto. Excepto el verdadero soplo de la vida, un animal suyo, modelado por sus manos, posee todas las condiciones exigidas para vivir. Está fuertemente construido, armado de una sólida musculatura, apto para el movimiento. Si la estatua le representa combatiendo, nuestros sentimientos le siguen en la lucha. El espíritu toma parte y tiene su instante de tensión; y prevemos desde ya el final de esta imaginaria tragedia.

Y no obstante, de ese método estricto

o diversos motivos de tinteros y etc. Pero entonces, cuando en la escultura alcanzaba con naturalidad lo decorativo, en sus trabajos aplicados no se escapaba de la tiranía del gusto de la época, en la creencia de la necesidad de una cierta riqueza, acusada por la abundancia de los motivos. A pesar de todo, este error es muy poca cosa comparado a la masa de la producción admirable que dejara.

Muchos otros fueron muy lejos, para luego expresar sin calor unas pobres sensaciones. Barye, retratista insuperable de una fauna exótica, no abandonó París. Es que poseía un venero inagotable de intuición, de emotividad ante la invención y, además, le era inherente la facultad expresiva de su ejecución. Es así como pudo darle vida a una muchedumbre de animales, sugiriendo la decoración que desafiaba y la atmósfera que les envolvía.

No viajó, mas había estudiado profundamente sus modelos, investigando acerca de su desarrollo y sus costumbres. Familiar del zoo, siguió los cursos de Cuvier y de Geoffroy Saint-Hilaire, y había leído numerosas obras de las cuales extrajo anotaciones provechosas y útiles. Lo que más le sirvió fueron también sus estudios anatómicos y sus *anatomías* operadas en el animal vivo, y la disección hasta llegar al esqueleto. Dejó numerosos gráficos, dibujos de precisión extraordinaria, lo que le permitiera conocer la mejor articulación del animal, todas sus posibilidades de movimiento y las ciertas manifestaciones del instinto. En cuanto a la sugestión de los grandes dramas, es un asunto de segundo plano. En sus principios, en sus representaciones dramáticas se hallaba dominado por el romanticismo: la cólera del león llega al paroxismo, y el caballo, cuyo terror es siempre espectacular. Después, sin perder nada de este sentimiento de horror, el drama se encierra potencialmente y es acusado en lo esencial: el animal vive, sufre, obra por sus músculos, su carne, y en la lucha adquiere nobleza y equilibrio. Es allí donde Barye es siempre nuevo y grande. Es por aquella época que surgen esas maravillosas concepciones de "El tigre en marcha" y el "Jaguar devorando una liebre", va citadas y vienen trozos más, tan simples de expresión co-



LOUIS BARYE — "Jaguar devorando un conejo"

o riguroso nació el arte más libre, el más ornamental. Su obra posee, naturalmente, una belleza decorativa, que otros ambicionaron llegar a obtenerla. Contemplad algunas de sus figuras: es placer para el ojo y satisface la razón. Existe en ella un comienzo y un fin. Esto se halla en la unidad del esfuerzo, en el equilibrio de las masas y en la viva inteligencia que se desprende del movimiento. Nada hay de más armonioso que "El tigre en marcha". A la cadencia de su impulso, se podría escandir versos de Racine. Si el drama se acentúa, la belleza de la línea permanece preponderante, como sucede en el "Jaguar devorando una liebre", de tan prodigiosa elasticidad.

Esta elegancia decorativa fué uno de sus grandes anhelos el realizarla. Durante toda su vida se interesó sumamente por las artes decorativas, modelando, por inclinación natural, o cediendo a ruegos de amigos, objetos de adorno para ser colocados en una chimenea, en una mesa,

mo poderosos por la línea y el movimiento.

Barye rehabilitó las impecables fundiciones y las bellas pátinas. Ambicionaba reemplazar la fundición en arena por la de cera perdida que permite conservar todas las sinuosidades y la fiebre del modelo original. Es por este procedimiento que fué vaciado "El león y la serpiente" que se halla ahora en el Louvre; la réplica del "Tigre", destinado a la ciudad de Lyon, fundido por Thiers; "El ciervo atacado por un lince", que estubo en poder de Dumas padre; el "Elefante en marcha" y el admirable Carlos VII, que está en el museo de Burdeos, y etc.

Pero si estas fundiciones son perfectas, el procedimiento es el costo oneroso le hicieron desistir. Vuelve otra vez al método menos caro de los hoyos de arena, o sea lo que sirve de alma al molde, donde se vierte el bronce. Pero la fundición se ejecutará bajo su atento cuidado, y una vez la pieza fundida la retocará con el

cincel hasta obtener la pretendida perfección. De ahí que se le otorgue más valor a las obras anteriores al año 1848. Igualmente se ocupará de las pátinas. Rechazando el revestimiento uniforme, sin brillo ni profundidad, de los bronce de su tiempo, una especie de película barnizada, cuyo tono habano o chocolate para liza el juego de las luces, obtuvo sabias oxidaciones, que le harán exclamar a Edmundo de Goncourt: "Cómo adoro esas pátinas tan diversas y variadas que van sobreponiéndose al verdigris un poco compacto adoptado por el fundidor, y también un poco uniforme: pátinas verdigris, pátinas con verdes florentinos, pátinas negruzcas como la pátina de las viejas medallas, sobre todo la de un marrón donde la tonalidad se vea con un rojo de oro". Una de las bellas pátinas es seguramente la verdigris que cubre "El tigre en marcha", dándole el aspecto sombrío y al mismo tiempo transparente de una piedra de basalto pulida por la acción de los milenios:



prado rodeado de hayas y limitado al este por una casita que lleva la insignia:

Duval, horticultor

Nuestros tres amigos se alinean a veinte pasos de la casa, muestran su pecho y levantan la cabeza:

"¡Viva la Comuna!" Los verdugos están en frente. Los veo un instante ocultos en el humo y dos de nuestros camaradas caen hacia adelante. El tercero se tambalea como si fuera a caer también en la misma forma, luego se yergue, escapa de nuevo y cae de cara al cielo.

"Era Duval. Uno de los fusileros se precipita sobre él, arranca los zapatos al hombre que se estremece aún y dos horas más tarde, en el polvo triunfal a través de las calles de Versalles, el soldado hace ostentación de su botín".

De Eliseo Reclus a su hermana, señora Boulay, en Sainte-Foy-la-Grande.

Fuerte de Quern, 18 de abril 1871.

Mi querida hermana,

Separado de mi hermano desde el comienzo del asunto de Chatillon, tengo la gran ansiedad de no poder decirte exactamente lo que ha sido de él; pero tengo buena esperanza; uno de mis camaradas lo ha visto y le ha estrechado la mano en el momento de la rendición. Me parece probable que su calidad de médico en traje civil le haya protegido y que se le haya dejado en libertad.

En cuanto a mí, el 1183, he sido llevado a Versalles, después a Brest. No te cuento nuestro cruel viaje: que te baste saber que ahora todo va bien. Tenemos el buen aire marino, un alimento suficiente y consideraciones de parte de nuestros guardianes. Habitamos un fuerte provisto de casamatas en la península de Quern, cerca de la entrada de la gran rada de Brest.

¿Cuál es la situación de los nuestros? ¿Cuál ha sido su ansiedad durante esas jornadas tan largas en las cuales se nos impidió comunicarnos con ellos? No pienso en eso sin estremecerme. ¿Y mi buena y valiente mujer, ha soportado este nuevo golpe sin tropiezos? Ah, cuántas indemnizaciones en afecto, en respeto, en pensamiento de todos los instantes le debo. ¿Dónde está? en París, en Saint-Foy? No sé, pero que, en todas partes, tenga confianza e inquebrantable valor. Martirizado yo mismo, me parece que, con mi infortunio, tengo aun fuerza para protegerla contra la muerte.

Comunica la noticia a mis hermanos y hermanas, a mis padres, a todos los que amo. Si A., para el cual un viaje a Brest debe ser una simple visita, viene a visitarme, que me traiga libros serios de matemáticas. Es tiempo de que me ponga a estudiar. Dile o escribe a mi mujer que no perderé el tiempo.

A ti mi ternura de hermano, así como a tu marido, a P., a Z.

Una respuesta inmediata, te ruego, dándome todas las noticias posibles sobre los nuestros.

Tu hermano

ELISEO

Pasar de lo confuso a lo complicado, de lo claro a lo simple, tal es la ley constante del desarrollo del progreso. — J Simón.

A la pasión de su arte supo añadir una lealtad de espíritu a toda prueba: lo que, asimismo, no pudo impedir que sufriese la incomprensión, y a veces la hostilidad odiosa, de sus contemporáneos. Tuvo que luchar contra el prejuicio que limitaba el arte estatuaria a la única representación de la figura humana. Y todavía esa figura, se hallaba sometida a un canon estrictamente definido. La natural consecuencia de tal estrechez de criterio, fué que se considerara la representación artística del animal como perteneciendo a un arte inferior, y se le relegara al concepto que se tenía del papiapapeles. No solamente la tendencia de su arte le fué discutida ásperamente, sino que atacaron su talento, siendo Barye excluido sistemáticamente de los salones de su tiempo.

Ciertamente conoció los elogios entusiastas; y los que fueron pronunciados por sus más ardientes admiradores, cuyos nombres son honra de las bellas letras francesas y que con sus artículos podrían formar cómodamente un volumen; pero a la vez también se podría compungir otro, casi tan voluminoso, con los artículos sistemáticamente hostiles, que saludaban la aparición de cada una de sus obras, no faltando, en esas pseudo críticas, frases ridiculizando o condenando el total valor de su obra.

Y bien, Barye, que en sus comienzos estaba en la mayor pobreza, fué pobre durante toda su existencia.

Esto no fué óbice para que no opusiera una tenaz y constante resistencia a los asaltos de sus adversarios, a sus calumnias, al mismo tiempo que aumentaba día a día los elementos de una obra admirable, por su carácter y el poder de su belleza. Si la representación animal es la parte más original de su obra, la figura humana ocupa también su lugar puesta en acción en piezas de una belleza austera. Por la amplitud de las formas, su equilibrio y ritmo, es quien más se acerca al más puro y vigoroso clasicismo griego, y, por ende, fué el estatuaria más ático de su tiempo. Sus enemigos y sus adversarios presentaban sus héroes con ademanos yertos, blandiendo sables convencionales, y, en cambio, los suyos tenían como principal atributo su inteligencia y la elasticidad de sus músculos.

CH. SAUNIER

Páginas íntimas

DE LA COMUNA

Carta de Eliseo Reclus a Cattelain sobre la muerte de Clément Duval, general de la Comuna (reproducida en las Memorias inéditas del chef de la Sureté sous la Comune, por P. Cattelain).

"Caminábamos por la carretera de Versalles, de cinco en cinco, guardados por cada parte por dos cuadros de infantería y de húsares. Al frente se vió detenido un grupo de caballeros relucientes: eran Vinoy y su estado mayor.

La columna se detuvo. Oímos palabras violentas, una orden de muerte. Tres de los nuestros, rodeados de una compañía de soldados, franquean lentamente un puentecillo que usa la carretera con un

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

EL ENIGMA DE LA VIDA

El interesante volumen de Jacques Moirau, consagrado a la obra de su maestro Félix Le Dantec, es una excelente introducción al estudio de sus concepciones. Hará que se repase la lectura de sus mejores obras: "La materia viviente", "Una nueva teoría de la vida", "El conflicto entre la Biología y la Religión", "Los límites de lo cognoscible" y "La mecánica de la vida".

Si una muerte prematura no le hubiese llevado, según declaraba el eminente teorizador de la biología contemporánea, después de estos quince años de sucesivas pláticas habría tornado al laboratorio para tomar contacto con la realidad. Entonces, habiendo adquirido un gran poder de observación, así como lo poseía de firmeza y de lógica en la deducción, ¿cuántos magníficos descubrimientos no hubiese realizado? Ciertamente, ante los hechos, no trepidaría por sí mismo en declarar acudidos los axiomas, los teorías que no encuadraban dentro de los conocimientos actuales.

No ha llegado aún el tiempo para el advenimiento de un nuevo Laplace que, calculando en los organismos la marcha de los átomos y su transformación en energía, sabrá prever sus combinaciones y sus disociaciones en la producción de los fenómenos vitales más elementales. ¡Pues la vida no es más que esto!

Hoy ya no se trata de satisfacerse con palabras, comparaciones sutiles, y decirnos, para resolver el más grave e irreducible problema que concierne directamente a nuestra existencia: "La vida es un fenómeno acuático. Es un fenómeno de equilibrio, un fenómeno bipolar, o, todavía, un fenómeno químico sin continuidad." Con semejantes fórmulas se llega, con los salvajes, a constatar que la materia bruta donde se encuentran todos esos fenómenos, vive también ella. Es que nada se halla muerto. En todas partes palpita la vida en ritmo ininterumpido. Entonces se habla de la vida de las moléculas, de los átomos y de las estrellas. El cielo entero se convierte en un formidable organismo viviente.

Como ya lo demostró, Claudio Bernard, el fundador de la fisiología general, en sus admirables lecciones sobre los fenómenos comunes de los vegetales y animales, si se desea poseer una concepción científica es necesario renunciar a todas esas vagas definiciones y estudiar experimentalmente en cuáles condiciones se producen obligadamente todos esos fenómenos vitales.

De ahí que se constata que la vida no es un principio, ni una fuerza especial ni un simple fenómeno físico y químico. Es una manifestación completamente excepcional, de una prodigiosa complejidad, que se le debe al concurso de una serie de "circunstancias particulares", las interacciones de ciertos organismos coloidales microscópicos, compuestos de una docena de metales y de metaloides siempre los mismos, aunados a los elementos químicos y las fuerzas físicas del medio, dentro de condiciones rigurosamente determinadas. Esta extraordinaria organización material microscópica, posee el aspecto de una célula, de un glóbulo de milésimas de milímetro de diámetro. A pesar de su infinita pequeñez, esta célula, con su núcleo, su protoplasma, sus vacuolas, sus orgánitos, es ya un verdadero mundo, un microcosmos. Está constituida por la amalgama de un número incalculable de átomos de carbono, de hidrógeno, de oxígeno, de azoe, de azufre, de fósforo, de cloro, de magnesio, de hierro, de potasio, de calcio, de sodio, que son los llamados elementos biogénicos encuadrados de todas las sustancias orgánicas, pues fuera de ellos, los otros ochenta cuerpos simples de la capa terrestre jamás podrán formar una sustancia viviente. Ahora bien, como lo admitieron ciertos teorizadores, en esos elementos biogénicos se encuentran todos los atributos de la vida? No, ciertamente, pues esos elementos lógicos se olvidaron de una sola cosa, y es de la regla de la organización, de la composición y la combinación químicas, que son susceptibles de hacer aparecer propiedades extraordinarias, absolutamente imposibles de obtener con esos elementos completamente separados.

Así, antes de los magníficos trabajos de síntesis orgánica, de Berthelot y de sus

émulos, quien se habría imaginado que con los cuatro cuerpos simples de la célula viviente, el carbono, el hidrógeno, el oxígeno, el azoe, se hubiese podido realizar experimentalmente, más de cien mil cuerpos nuevos y compuestos, azúcar, materias grasas, alcohol, celulosa, perfumes, tinturas, de los cuales no se podía calcular de antemano las propiedades químicas y físicas ni prever su olor, su consistencia, sus acciones fisiológicas, aunque anticipadamente se conociera el carácter de sus componentes. ¡La síntesis es incontestablemente creadora!

Lo que caracteriza la vida de la célula es sobre todo su prodigioso poder de síntesis química, que se llama la asimilación protoplásmica. En la célula vegetal esta síntesis llegó a su más alto grado de perfección. En virtud de su organización, y la propiedad intrínseca de sus elementos, en un medio conveniente, desprovisto de toda sustancia orgánica, esta célula está capacitada para vivir sola, lo que no podría acaecer con la célula animal. Aquella, transforma el gas de la atmósfera, el aire y el ácido carbónico, el agua y las sustancias minerales en su propia materia viviente, o sea su propia savia nutritiva. Con el concurso de la luz, fabrican así, molécula por molécula, sus innumerables sustancias orgánicas, sus diastasis, sus grasas, sus aluminoides, para formar específicamente su membrana, su protoplasma, sus núcleos, y, en cuanto su crecimiento llega a cierto estadio, es demasiado grande para que esos fenómenos continúen. Entonces su núcleo se desdobra y una nueva membrana aparece, dividiendo la célula en dos. En lugar de una, hay dos células vivientes. Si las células se separan, tendremos dos individuos microscópicos, que continúan por el mismo procedimiento la transformación de la materia y la energía del medio en su propia sustancia viviente, para dividirse, luego, en tanto las condiciones les sean favorables. Se producirá de este modo un número considerable de seres invisibles unicelulares, tales los microbios, los protozoos. Pero si las dos células, unidas al principio, no se separan para vivir por sí mismas, y si lo mismo sucede en las generaciones subsiguientes, las nuevas células quedan adheridas a medida que se producen, y un ser más complejo crece siendo visible a simple vista. Bien pronto será constituido por una formidable aglomeración de cuatriflones de células, que será nuestro cuerpo, o el árbol, cuya vida es el resultado de la coordinación de millones y de miles de millones de vida celulares elementales.

Durante ese misterioso trabajo de edificación molecular de la asimilación protoplásmica, otro trabajo inverso se realiza: es el de la desasimilación protoplásmica, de la simplificación orgánica, que libera las energías potenciales acumuladas por la síntesis, la oxidación de las reservas, de la flatulación de las sustancias coloidales, y esta eliminación, en forma de residuos, se opera entonces. De la misma manera que la evolución individual en los seres vivientes, está regida por este equilibrio que se establece entre las dos categorías de fenómenos físico-químicos.

En la juventud, la asimilación aventaja a la desasimilación, el ser está en crecimiento: en la madurez se equilibra; en la vejez la desasimilación es predominante y el individuo se encamina hacia la muerte, es decir hacia la abolición definitiva de toda asimilación protoplásmica.

Hemos dicho "hacia la abolición de la asimilación protoplásmica", y no hacia la extinción. Contrariamente a los que creen en Le Dantec y la mayor parte de los biólogos modernos, al detenerse la asimilación protoplásmica, no significa la muerte ni provoca la muerte de la célula. Cómo lo demostrara experimentalmente, es posible suspender indefinidamente la vi-

da de los granos (1), someténdolos a una combinación de temperaturas altas por el vacío, o bajas temperaturas de aire y de hidrógeno líquido. Como en la ausencia del agua y del gas y bajo la acción solidificante de un frío de 250 grados bajo cero, el estado coloidal de su protoplasma está completamente suprimido, se puede estar seguro que la asimilación protoplásmica ha sido detenida. Y, no obstante, tan pronto se colocan los organismos helados en condiciones favorables, se asiste como a una resurrección. Y germinan muy bien, dando plantas vigorosas. Es esta una constatación capital, porque no solamente pone en entredicho la gran ley de la continuación de los fenómenos vitales, según la cual, después de la aparición de la vida en la faz del globo no puede suceder ningún otro caso, sin que resulte la muerte absoluta, sino que se nos enseña que la vida no es una entidad directriz y misteriosa que escapa al determinismo de los fenómenos naturales. La vida no es más que el funcionamiento físico-químico particular, extremadamente complejo, de los organismos protoplásmicos, provocados por el cambio incesante, aunados a ciertos elementos de la capa terrestre y de las diversas energías del universo.

P. BECQUEREL
(1) Observe el lector el paralelismo de un fenómeno similar, realizado en el Instituto Rockefeller por el doctor Alexis Carrel, quien crujo un tejido rico del corazón de un pollo en 1913, y hasta ahora vive mediante la irrigación y la nutrición, y tiene perspectivas de vivir indefinidamente. El hecho científico citado por Becquerel no es completamente idéntico al de Carrel, ya que en uno se trata de condiciones naturales, y en el otro se trata de medios artificiales. Sólo lo señalamos a modo de aclaración y por su evidente analogía.



MOTIVOS DEL PUERTO

LONTANANZA FLUVIAL

Pardo y enorme el Río de la Plata se cante en la vastedad, como un brazo plebérico de sangre que abraza a la ciudad, con el gesto de un brazo masculino que a una hembra invita a la fecundidad.

GERMEN

Qual enorme cetáceo, pesadote y solemne, amarró el transatlántico... Comenzó a descender la caravana de inmigrantes de rostros asombrados, como un chorro de sangre que flugera del vientre del cetáceo. ¡Chorro de vida, germen de fuerza y de trabajo!

EL PUERTO

Suavemente crepitante, sudoroso sus mirallas de piedra yergue el puerto. Un enjambre de hombres congestionado, mil tumultos de voces forman eco, la esperanza le corre por las venas, el trabajo le suda el amplio pecho. Vibra su corazón en los latidos de engranajes, de guinchos y de hierros. Y si el río le da su agua prolífica las pampas le transforman en granero, que en él se verifica una epopeya de trabajo, de amor, de paz. ¡Oh, puerto, tu epopeya aun aguarda los hexámetros pujantes de un Homero!

ERNESTO MORALES

Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista

La muerte de los tres viejos camaradas Ricardo Mella, Varlam Teherkesof y Pedro Esteve, no sólo me hace lamentar la desaparición de esos tres buenos hombres tan consagrados toda su vida a nuestras ideas, sino también la desaparición irrevocable de muchos recuerdos de la verdadera historia de nuestro movimiento, acumulados en su memoria, entrevistados ocasionalmente en fragmentos, pero nunca reunidos para servir tanto a la historia como a la enseñanza de las nuevas generaciones de revolucionarios. Es un gran error menospreciar el conocimiento exacto de los tiempos pasados; el mundo presente, con su caos intelectual, su crisis moral, su ruina económica y el desencadenamiento de las malevolencias y de los odios está ahí, ¡ay! para demostrar a dónde lleva esa ignorancia tanto del pasado como de los pueblos que nos rodean; esa ignorancia hace que la mentalidad del término medio, la llamada opinión pública (aunque careada, sea semejante al rocío agitado por todos los vientos en todas las direcciones, presa de los impulsos que le da cada día la jauría de los políticos, fanáticos y periodistas, sin que la mayoría de los hombres — dado que la escuela prepara ya a los hombres para una sólida ignorancia, la base de todo sentimiento patriótico, — tenga la menor posibilidad de verificar el valor de las afirmaciones cotidianas por medio de conocimientos serios del pasado y del ambiente contemporáneo.

Eso ocurre también en parte con nuestros movimientos en que, por razones muy válidas con frecuencia, — sean las persecuciones, sean las necesidades inmediatas de la propaganda, etc. — la leyenda, las generalizaciones, el más o el menos reemplazan a la penetración íntima del pasado; a la "razón de Estado" que se supone motivar la falta de sinceridad de la vida pública, se une la "razón de partido" que muy a menudo cubre la verdadera historia con un velo indulgente y se esfuerza por hacer aumentar la leyenda convenida. Como se consigue siempre excitar a los pueblos unos contra otros gracias a la ignorancia que acabo de describir, también en la historia de nuestros movimientos los errores se repiten: ciertas ilusiones originan nuevas victi-

mas, en una palabra, se vuelve a comenzar muy a menudo, en lugar de marchar hacia adelante aleccionándose por la experiencia del pasado, evitando los escollos que sobotean los mejores movimientos. ¿No sería mejor obrar de esta manera, para no ventilar siempre las mismas batallas, como los pueblos se dejan siempre arrastrar de nuevo unos contra otros?

La verdad más completa sobre el pasado no puede causarnos más que bien y si la propaganda, puede exigir que se presenten siempre nuevas versiones aproximativas, más o menos legendarias, al menos la verdadera historia debería ser establecida, conservada y estudiada; al lado de las versiones convenidas que pasan por sobre las dificultades. Se hace ya, para los movimientos socialistas, y anarquistas también, más-antiguos desde hace un cierto número de años sólo que en grados muy desiguales y, dado el lapso de tiempo y los testimonios desaparecidos, esa labor tiene lugar de una manera necesariamente incompleta; se ponen en descubierto los problemas, pero los materiales para resolverlos faltan en gran proporción. En general en Europa, la guerra y los cambios tristes que ha producido, abrió un abismo tal entre el pasado y el presente, que en diversas relaciones se podría ahora decir todo si se supiese restablecerlo. Los trabajos sobre la historia social han recibido un gran impulso y yo quisiera dar aquí un vistazo rápido sobre una parte de esas publicaciones, en tanto que he podido dar cuenta de ellas. Nada puede ser más incompleto que mi enumeración, pero ésta tiene por fin ante todo ver en qué grado existe un esfuerzo internacional para levantar el velo del misterio que ha ocultado durante demasiado tiempo nuestra historia. Es una evolución inevitable, semejante a la que ha transformado la historiografía puramente oficial y oficiosa de los siglos pasados en la ciencia histórica moderna que va al fondo de las cosas. Tratamos de estar a su altura; nuestros movimientos tienen ante toda necesidad de expansionarse al aire libre, de ser claros y comprensibles para todos, y su historia, en su verdadera forma, será para el porvenir una enseñanza preciosa que se apreciará cuando se hayan olvidado

limitado al a la insignia: linean a vein an su pecho y erdugos están stante ocultos ros camaradas rero se tam también en la gue, oscila de lo s fusteros se los zapatos af in y dos horas fal a través de soldado hac- rmauna, seño la-Grandé. de abril 1871. desde el co- llon, tengo la decirte extrata- si; pero tengo mis camaradas o la mano en el Me parece prof- éico en traje que se le haya ne sido llevado st. No te cuen- e te baste su- n. Tenemos el esto suficiente: e de nuestros fuerte provis- insula de la Gran rada los nuestros? durante esas: cuales se nos ellos? No pien- . Y mi buena tado este nue- cuántas in- en respeto, en instantes le de- en Saint-Foy? partes, tenga valor. Martíne que, con mi za para, prote- is hermanos y todos los que viene a Brest viene a vis- s-serios de ma- me ponga a mi mujer que mano, así como te ruego, dán- posibles sobre ISEO complicado, de ley constante p. — J Simón

do las enseñanzas falaces difundidas hoy como "historia" con el fin de aislar y de embrutecer patrióticamente a los pueblos.

El estudio de la historia de las revoluciones políticas ha precedido al estudio profundo del socialismo, pero se ha comprendido gradualmente que en toda revolución sería el elemento social desempeña un papel profundo y esos estudios han ilustrado también la historia social, los movimientos y tendencias populares y la acción de ciertos socialistas de esos tiempos. Las sectas de la edad media, las guerras de los campesinos, Rabelais y su tiempo, la lucha de los Países Bajos contra España, las revoluciones inglesas del siglo diez y siete, los enciclopedistas, Voltaire, Rousseau, Diderot, la revolución americana y la francesa, las luchas y conspiraciones contra Napoleón y los Borbones, contra el absolutismo en Alemania y en Rusia, la liberación de la América de lengua española, el Risorgimento italiano, las sociedades secretas en tiempos de Luis Felipe, el cuarenta y ocho en Alemania, en Austria-Hungría, las conspiraciones e insurrecciones polacas, los movimientos e intrigas nacionalistas de 1870-71 y la Comuna de París: son todos campos de trabajo bien definidos de investigadores encaminados por restablecer la verdadera historia con todos sus detalles, grupos de asuntos que se esclarecen más y más gracias a los archivos, cartas y memorias y a una cooperación internacional de los investigadores serios.

Desde entonces, 1871, comienza el período funesto cuya historia — conducida de manera como para llegar a la guerra mundial de 1914 — está aun casi en todas partes cuidadosamente oculta por los gobernantes, y el pueblo no conoce más que la desfiguración que le presentan políticos y periodistas. Se han abierto ya algunas brechas en ese muro de silencio; el año 1917 abrió los archivos rusos, el año 1919 también en un cierto grado los archivos alemanes y vieneses, pero si por una parte se descubren algunos excesos de los gobernantes, por otra — en el período presente de maquinaciones tenebrosas — tienen las manos libres para tramar nuevas preparaciones, de que los pueblos, siempre ignorados y pacientes, pagarán los gastos. A pesar de todo, se hacen estudios muy serios sobre los crímenes de la guerra de 1914, sobre todo por un grupo de estudios en Francia, y hay trabajos memorables al respecto, publicados en Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos y en otras partes. Desgraciadamente, si todos los acontecimientos desde 1917 han hecho hablar mucho a ciertos hombres, han igualmente cerrado la boca a muchos otros que, solidarios con los vencedores de 1918, se adhieren ahora a los hechos y a las leyendas de 1918-19 y no se preocupan ya de que se haga la luz sobre los antecedentes de esos resultados; esto se aplica a los nuevos países de 1918-19 en Europa, a los países en que la "razón de Estado", el deseo de conservar las ventajas de 1918-19 prima ahora sobre todo lo demás. Por lo tanto la documentación accesible es muy desigual; sin embargo, eso mismo permite continuar y cavar más profundamente, método que recuerda el que hubo que emplear hace más de 25 años contra el Estado Mayor y todos los gobiernos sucesivos en Francia, para llegar a esclarecer el asunto Dreyfus contra la resistencia encarnizada, activa y pasiva, de los militaristas omnipotentes.

El estudio del socialismo, algunas veces seriamente abordado, como por la publicación de los manuscritos de Fourier (1851-58) de las obras de Saint-Simon y de Enfantin (a partir de 1865), la correspondencia de Proudhon (1875), las obras de Bakunin (1895-1913), algunos trabajos biográficos y otros, fué sin embargo abandonado durante mucho tiempo, al azar, a las predilecciones de amateurs curiosos, a las necesidades de la defensa y polémica (como la famosa Memoria de la Federación turasiana por James Guillaume, 1873), a las necesidades de la propaganda, etc.: poco a poco se convirtió en un asunto de trabajos universitarios (tesis y disertaciones), entró en las grandes revistas históricas y económicas, tuvo revistas especiales que lo estudiaron abiertas Alemania veces, como *La Révolution Française* (a partir de 1881), *La Revue Historique de la Révolution Française*, continuación de los *Annales révolutionnaires* (a partir de 1908), *La Révolution de 1848* (a partir de 1904) *Il Risorgimento Italiano* (a partir de 1908) y revistas especiales sobre la historia del socialismo, asunto tratado ya copiosamente en la *Re-*

vue Socialiste (París, a partir de 1885) y predominantemente en los *Dokumente des Sozialismus* (Berlín, 1901-05, por Eduardo Bernstein) y *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung* (Leipzig, a partir de 1910, por el profesor Grünberg).

Sin embargo, el estudio más consecuente se hizo sobre muchas partes del movimiento ruso, primero sobre todo por la revista *Biloe* (El Pasado), de V. Burzef, a partir de 1910, y los *Materiales para la historia del movimiento socialista revolucionario en Rusia* (en ruso), folletos periódicos aparecidos desde 1893 en Ginebra bajo la égida de Pedro Labrof. Otras revistas y folletos en ruso contienen recuerdos de revolucionarios, etc.; son los casos — los que, después de un número de participantes en la Comuna de París, escribieron primero bastante a menudo sobre las experiencias en el movimiento, hecho que puede explicarse por la circunstancia de que la juventud revolucionaria trataba de entrar en contacto con los campesinos y los obreros y que esas experiencias y las conclusiones a que se llegó para la práctica de la propaganda han sido de las más variadas y, al lado de la historia heroica y romántica del terrorismo, hallaron muy a menudo una expresión literaria de que se abstuvo allí donde no existían esas dificultades de acceso, al mundo explotado; y donde los obreros hicieron directamente propaganda a los obreros. Esos problemas originaron también un gran deseo de conocer el socialismo internacional, la experiencia de los otros pueblos, y cuando a partir de octubre de 1905, — al menos por algún tiempo, en 1906 año, después disminuyó rápidamente — se pudo publicar abiertamente en Rusia literatura socialista, se hizo con enorme intensidad, casi todo lo que se pudo encontrar fué traducido. Se descomponía un libro en pliegos que una docena o una veintena de camaradas traducía al instante, se componía de inmediato y se imprimía — y absorbido también por los lectores del inmenso país, gastado por la lectura múltiple, desaparecía casi tan pronto como habla sido producido. Nunca tuvo la literatura socialista tal florecimiento.

Pero se abrían también los archivos, las memorias y las cartas del pasado no fueron ocultadas y la pequeña revista *Byloc* apareció en gran formato, en Petersburgo mismo (enero de 1906 a octubre de 1907), seguida de *Minutshie Gody* (Años del pasado), enero a diciembre de 1908, más tarde de *Golos minushago* (Voz del pasado), grandes revistas históricas llenas de documentos y de recuerdos. Desde hace mucho tiempo, la época del *Sovremennik* (71 contemporáneo) de Tchernychevsky en 1850-60, se había tenido preocupación por el recuerdo en detalle de los grupos iniciadores del pensamiento progresivo en Rusia, de esa época en que el velo de la filosofía encubría aun esas aspiraciones, el tiempo de la juventud de Bakunin, los años 1830-1850, y se estudió también los primeros actores revolucionarios, las conspiraciones que prepararon el golpe de mano de diciembre de 1825 contra el zarismo, los *decabristas*. Poco a poco, sobre todo en los últimos 15 años antes de 1905, se pudo intensificar esos estudios, decir en fin cosas que era preciso ocultar hasta entonces, incluso entonces solamente se permitió publicar el nombre de Bakunin, describiendo su juventud (se había discutido hacia tiempo su personalidad en público, pero no habla que imprimir su nombre): Entonces los últimos hermanos sobrevivientes de Bakunin dan acceso a los archivos de la familia a un buen historiador de los más avanzados, Kornilof, que por fin, de acuerdo a esos materiales, describió la juventud de Bakunin a partir de 1909: (en libro en 1915), trabajo seguido de una segunda parte que se detiene en 1857 y que después de grandes dificultades no pudo ser publicado más que en 1925: la muerte de Kornilof, ocurrida al mismo tiempo, impide componer el tercer volumen de esa obra de las más documentadas. Otros trabajaron sobre Herzen, sobre Belinski y los demás grandes precursores, e igualmente se creó una literatura especial alrededor de Tolstoy. En una palabra, un gran número de fuerzas, hoy tan desunidas, cooperó en Rusia antes de 1914 en conservar y precisar el recuerdo de un siglo de esfuerzo preparatorio de la revolución que todo el mundo sentía acercarse, pero que la guerra ha hecho estallar desgraciadamente en condiciones tan poco favorables que el resultado hasta aquí ha creado las crueles decepciones que experimentamos todos.

En Alemania el estudio de la historia del socialismo fué obstaculizado largo tiempo por dos causas: el inmenso orgullo de los marxistas, que despreciaban todo socialismo anterior o contemporáneo a su llamado "socialismo científico", y el hecho que el partido socialdemócrata se deriva en línea directa de los dos movimientos inaugurados por Lassalle y por sus adversarios marxistas, Liebknecht primero y más tarde Bebel y muchos otros. La discusión del pasado lesionaba siempre el prestigio de un número de hombres vivientes y poderosos en el partido, y se prefirió la leyenda convenida a las investigaciones que habrían debido poner puntos sobre algunas íes y lesionar quizás ciertas vanidades.

Eduardo Bernstein creó, pues, una literatura anodina sobre Lassalle, mientras que otros incensaban a Marx y a Engels. Sin embargo, Bernstein mismo, despedido por la mala recepción de su reformismo, profundizó sus estudios históricos concernientes a Lassalle y en general, publicó la revista mencionada y un hermoso libro sobre la democracia inglesa en el siglo XVII (*Sozialismus und Demokratie in der grossen englischen Revolution*, 1908). Y ese hombre tan inteligente e instruido, y moralmente una veleta, que fué Franz Mehring, aunque por una parte intensificó el culto de Marx con su gran biografía de éste, por otra parte, por su historia de la socialdemocracia alemana (1837 y 1898) hizo justicia a Lassalle y al movimiento post-lassalliano, con descontento de los marxistas de observancia estricta, descontento que fué aun más vivo cuando más tarde Bernstein y Mehring, examinando en fin esas partes de historia con sus propios ojos, llegaron a la conclusión — hecha pública por ellos de modo muy moderado, reservado, no dando satisfacción completa — que Marx tenía bastantes injusticias en su cuenta por su lucha tan odiosa contra Bakunin en la Internacional, descubrimiento archiconocido de todos nosotros, pero que para el ambiente marxista, que se adhiere a la fórmula monárquica: "el rey no puede hacer mal", era un verdadero choque. Esto despertar del espíritu crítico era en parte debido a la publicación del libro del doctor Gustavo Mayer, *Johann Baptist von Schweitzer und die Sozialdemokratie*, libro que rehabilitó la memoria tan ultrajada por sus enemigos marxistas, del sucesor de Lassalle, que mantuvo aún la independencia de este partido contra la ola desbordante del marxismo. Gustavo Mayer, un demócrata sincero, fué el primer investigador serio que examinó la historia del socialismo alemán sin prejuicio de escuela y con un ojo experto en la vida política moderna; redujo las cosas a sus propias dimensiones sin ser cegado por las leyendas que una veneración abyecta habia tejido alrededor de los grandes jefes, haciéndolos intangibles a la crítica de simples mortales. Tuvo la fortuna de tener acceso a una excelente fuente para el socialismo de antes de 1848 — las cartas dejadas por Johanna Zechow, el demócrata socialista de Konigsberg (Prusia oriental), lo que le puso sobre los rastros de hermosos descubrimientos concernientes a Max Stirner y que le abrió también una primera ruta hacia otro descubrimiento que ensanchó abundantemente más tarde, el de la vida intelectual de Engels antes de su alianza con Carlos Marx (1844): de ello hablaré más adelante al discutir las publicaciones más recientes.

En suma, pues, el monopolio marxista fué contrapesado en Alemania misma por varias partes, por los anarquistas y los investigadores independientes y, ocasionalmente, por los propios honderos marxistas. Se publicó antes de la guerra una colección de los primeros escritos de Marx y de Engels y las cartas de Lassalle a Marx (cuatro volúmenes, por Mehring), diversos grandes manuscritos inéditos de Marx (por Kautsky), la correspondencia entre Marx y Engels (cuatro grandes volúmenes), pero como, por ejemplo, las algunas dejadas intencionalmente en esa correspondencia lo demuestran, todas esas ediciones fueron hechas, por decirlo así, *ad usum delibini ad maiorem gloriam* de Marx, ediciones castigadas, expurgadas de cosas desagradables, que no inspiran ninguna confianza. Se publicaron aun diversas historias locales del socialismo en tal o cual gran ciudad, como Frankfurt, Hamburgo, y sobre los esfuerzos del socialismo obrero en 1848, etc., pero con gran frecuencia eso fué cocido en la salsa marxista, es decir cubierto por un insonorizable barniz de llamada "concepción materialista de la historia", manera en que so-



bresake Carlos Kautsky y que hace imposibles sus investigaciones históricas de otro modo esmeradas (sobre el socialismo en el siglo XVI, etc.); no fueron nunca más que materiales muy preciosos salvados en esa salsa marxista en que es preciso volverlos a pescar, escudriñar y examinar de nuevo.

Con ese ambiente entró en contacto una decena de años antes de la guerra o poco menos, un marxista ruso de los más convencidos, independiente por lo demás, del gran jefe Plekhanof, y un poco más obrerista y partidario de la acción que éste, aunque autoritario impenitente, *Ryasanof*, al cual la fundación Menger de Viena (intelectuales que ejecutan el testamento del profesor de la universidad Anton Menger, que desecó que los intereses de su fortuna fueran empleados en hacer publicaciones que ilustrasen la historia del socialismo) confió la misión de publicar los documentos de la Internacional, es decir en primer lugar los documentos de su Consejo Central, más tarde Consejo General de Londres, a partir de 1864, las actas de sus congresos y lo que queda de su correspondencia. De esos documentos una parte posterior al congreso de La Haya, septiembre de 1872, y menos importante, está en los Estados Unidos en una biblioteca y fué publicada allí ya, tal vez, mientras que la parte principal fué conservada siempre por Marx y Engels y encontrada en sus papeles, por otro lado, han sufrido grandes vicisitudes — después de la muerte de Engels, Ryasanof reunió en sus viajes lo que pudo encontrar y preparó al menos una parte de las actas en una edición que la guerra de 1914 hizo imposible; no existe más que el comienzo de algunas raras pruebas. Esos trabajos familiarizaron a Ryasanof con los escritos dispersos y los papeles dejados por Marx, de lo cual hizo algunas publicaciones; fué el primero que, inspirado por su fe en que Marx, como rey, no puede hacer mal, concluyó que se puede y se debe presentar a Marx tal como es, sin simulaciones ni vacilaciones diplomáticas en interés actual del partido. Llegó, pues, como Gustavo Mayer, pero por otras vías, a una presentación independiente y completa de la historia socialista; es decir, pienso que es ese el fin que se propone, pero su marxismo preconcebido ofusca, sin embargo, todos sus juicios. Sólo que no surmire ya los documentos como se ha hecho tanto tiempo al expurgar los textos.

En Inglaterra se prestó muy poca atención a conservar la historia de su socialismo, si se exceptúan los antiguos libros de Gammage sobre el chartismo, de *Flower* sobre las diversas corrientes socialistas, cooperativistas y librepropietarias, etc. La gran biografía de Godwin (1876) y los numerosos estudios sobre Shelley no se ocupan más que muy poco de su socialismo. Pero al fin algunas publicaciones muy documentadas fueron hechas, por Podmore (sobre Robert Owen), por Graham Wallas (sobre el ambiente de Francis Place) y otros, una nueva historia del chartismo, investigaciones sobre Winstanley y otros socialistas del siglo XVII, etc. Muchos materiales presentados de un modo más independiente para el pasado que para los tiempos recientes se encuentran en *la Geschichte des Sozialismus in England*, por M. Beer, autor alemán, 1913, de la que existe una edición inglesa ampliada (1919); ese mismo autor resumió toda la historia del socialismo en alemán, en 1922. Hay muy poca documentación para los tiempos antiguos, pero débil y nalgala del presente. Hay también en Inglaterra varios volúmenes de memorias, las de *Hammond*, *Edicard Carpenter*, *Bruce Gluster*, *Ton-*

Mann, escritos esmerados, aunque raramente se refieren al verdadero fondo del socialismo, sobre William Morris, y muchos otros escritos sobre los socialistas sobresalientes, pero tales libros no saben penetrar en las verdaderas fuentes del socialismo moderno inglés desde 1886, en los actos de hombres y de grupos modestos y olvidados, aquellos precisamente que hicieron la verdadera labor y que no trataron de entrar en la vida política y hacer carrera de ministros y de parlamentarios. Se ha creado, pues, una literatura artificial que hace el elogio de los grandes hombres socialistas y tradeunionistas, de los llegados, y que tiene poco en cuenta los verdaderos actores que desearían hacer del socialismo un pedestal. Esa verdadera historia queda aun por escribir, lo mismo que la del esfuerzo anarquista en Inglaterra.

En Estados Unidos se ha publicado una colección monumental, desgraciadamente demasiado cara e inencontrable, que reúne en muchos volúmenes un gran número de impresos, artículos, etc., socialistas y obreristas, sacados de los folletos y periódicos de un siglo atrás y venenos. No creo que esa publicación será continuada para un período más reciente, pero por interesante que sea para un lector viviente sin acceso a los textos originales, la verdadera investigación exige, sin embargo, que se profundice cada cuestión especial mucho más de lo que puede hacerlo esa colección.

Muchos trabajos económicos hechos en las diversas universidades testimonian sobre esas investigaciones especiales: por ejemplo la historia de los numerosos ensayos de socialismo experimental en los Estados Unidos. Se ha ocupado de *New Harmony* (Roberto Owen), de *Uxida* (Noyes), se estudia siempre el medio intelectual y artístico en *New England*, las figuras de *Hartshorn*, *Thoreau*, más aún la vida de *Walt Whitman*, se ha esbozado, sin agotarla, la de *Josiah Warren*. Queda mucho por hacer. La *Free Speech Bibliography*, (Bibliografía de la palabra libre) de Theodore Schroeder, New York, 1922) hace ver el gran número de esfuerzos para la libertad intelectual, moral y social en Estados Unidos, en Inglaterra y en Escocia (también, de que la historia revolucionaria tendrá aun que ocuparse.

(Continuará)

Mrs. Nettie

Ricardo Mella y "Le Libertaire"

Este semanario se ocupa, en una docena de líneas, de la desaparición de Ricardo Mella — uno de los más fervientes propagadores de la ideas anarquistas, poseedor de una voluntad irreducible y que supo interpretarlas con una lúcida inteligencia, unida a una gran generosidad de espíritu. A este activo combatiente que tuvo una participación principalísima en el movimiento anarquista español, apenas si se le dedica la atención que merece el hecho más banal. Nosotros, que en este suplemento le debemos un largo homenaje, y hemos de tributarle en su oportunidad, no vemos con buenos ojos que escritores anarquistas incurran en los mismos errores garrafales de información, como suele ocurrir con los periodistas burgueses.

Esta simple noticia está indicada por un título general, que es éste: *Habana*. Se supone con ello que la información procede directamente de Cuba. Pero hay más. A reacción continuo, este periódico comunica a los lectores — los anarquistas de Francia — lo siguiente:

"Nous apprenons avec douleur la mort de notre camarade Ricardo Mella, le militant argentin. Gran penseur, orateur de gran envergure, écrivain de talent, le mouvement anarchiste de l'Argentine le vit en tres grande partie son extension, mais si l'homme est parti il nos reste ses écrits."

Luego sigue una nómina sumaria de sus obras y folletos. Si hemos dado la redacción francesa es para que sus autores puedan a simple vista reconocerla como copia. He ahí la traducción: "Con dolor hemos conocido la noticia de la muerte de nuestro camarada Ricardo Mella, el

militante argentino. Gran pensador, orador de gran envergadura, el movimiento anarquista de la Argentina le debe en gran parte su extensión. Pero si desapa-reció el hombre nos quedan sus escritos."

Estas ligerezas imperdonables dicen muy poco con el carácter internacionalista que pretenden tener los anarquistas, y especialmente los de afuera de los mares. En las condiciones actuales, con la facilidad de comunicaciones, con la interpenetración de las actividades anarquistas de cada país, tratar de ignorarnos mutuamente, obstinarnos en el hermetismo de una frontera geográfica es sencillamente una crímen de lesa humanidad.

De qué manera podemos diferenciar a nuestros enemigos comunes, y de la masa amorfa, si no es por una viva inteligencia y el amor por la tarea que nos cupo en suerte, pretendiendo hacer bien lo que la mayoría hace de mala gana y sólo acuciada por un interés material?

Un folclórico que hubiese cometido error de información de tal modo monstruoso, en el acto habríase encontrado en la calle. Para nosotros, entonces, que rechazamos toda coacción exterior, debe servirnos de guía y norma la conciencia moral surgida de nuestra conciencia.

Palabras de Bakunin

Donde existe el Estado existe inevitablemente la dominación, por consiguiente la esclavitud; el Estado sin la esclavitud — abieria o camuflada — es imposible: esa es la razón por la cual somos enemigos del Estado.

¿Qué significa "el proletariado elevado al rango de clase dominante"?

¿Sería el proletariado entero el que se pondría a la cabeza del gobierno? Hay aproximadamente unos cuarenta millones de alemanes. ¿Se imagina uno a todos esos cuarenta millones de miembros del gobierno? El pueblo entero gobernaría entonces y no habrá gobernados. Pero en ese caso no habrá gobierno, no habrá Estado; y si hay un Estado habrá gobernados, habrá esclavos.

Este dilema se resuelve fácilmente en la teoría marxista. Entiende por gobierno del pueblo un gobierno de un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo. El sufragio universal — el derecho de elección por todo el pueblo de los representantes del pueblo y de los gerentes del Estado — tal es la última palabra de los marxistas lo mismo que de la escuela democrática, — una última mentira tras la cual se oculta el despotismo de la mayoría dominante tanto más peligrosa cuanto más aparece como la expresión de la llamada voluntad del pueblo.

Así, pues, por cualquier parte que se examine esta cuestión, se llega siempre al mismo triste resultado — al gobierno de la inmensa mayoría de las masas del pueblo por la minoría privilegiada. Pero esa minoría, nos dicen los marxistas, será compuesta por trabajadores. Si, por anti-gueros trabajadores, quizás, pero que en cuanto se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo cesarán de ser trabajadores y considerarán el mundo trabajador desde su altura estatista; no representarán ya entonces al pueblo, sino a sí mismos y a sus pretensiones de querer gobernar al pueblo. El que quiera dudar de ello no sabe nada de la naturaleza humana.

Pero esos elegidos serán convencidos ardientes y además socialistas científicos. Estas palabras "socialista científico", que se encuentran incesantemente en las

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

LA PROTESTA
SUSCRIPCION MENSUAL, DIARIO Y SUPLEMENTO. \$ 2.— mín.
SUPLEMENTO SOLAMENTE. \$ 5.00
POR AÑO — PAGO ADELANTADO

obras y discursos de los lassallianos y de los marxistas, prueban por sí mismas que el llamado Estado del pueblo no será más que una, administración bastante despótica de las masas del pueblo por una aristocracia nueva y muy poco numerosa de



los verdaderos sabios y de los pseudo-sabios. El pueblo no es sabio, por tanto será completamente eximido de las preocupaciones gubernamentales y será globalmente incluido en el rebaño administrativo. ¡Hermosa liberación!

Los marxistas se dan cuenta de esa contradicción, y reconociendo que un gobierno de sabios — el más pesado, el más ultrajante y el más despreciable del mundo — será, a pesar de todas las formas democráticas, una verdadera dictadura, se consuelan con el pensamiento de que esa dictadura será provisoria y corta. Dice que su sola preocupación y su solo objetivo será educar y elevar el pueblo hasta desde el punto de vista económico como del político, a un nivel tal que todo gobierno se vuelva pronto superfluo, y el Estado, perdiendo todo su carácter político, es decir de dominación, se transformará en una organización absolutamente libre de los intereses económicos de las comunas.

¿Tenemos aquí una contradicción flagrante. Si el Estado fuera realmente popular, ¿qué necesidad hay de abolirlo? Y si el gobierno del pueblo es indispensable para la emancipación del pueblo, ¿cómo es que se atreven a llamarlo popular? Por nuestra polémica contra ellos los hemos hecho confesar que la libertad o la anarquía, es decir la organización libre

de las masas laboriosas de abajo a arriba, es el objetivo final del desenvolvimiento social y que todo Estado, sin exceptuar su Estado popular, es un yugo que por una parte engendra el despotismo y por otra la esclavitud.

Dicen que tal dictadura-yugo estatista es un medio transitorio indispensable para poder alcanzar la emancipación integral del pueblo: anarquía o libertad — es el objetivo; Estado o dictadura es el medio. Así, pues, para emancipar las masas laboriosas es preciso ante todo suylugarlas.

Sobre esa contradicción se ha detenido, por el momento, nuestra polémica. Ellos afirman que sólo la dictadura — la suya — evidentemente, — puede crear la voluntad del pueblo; respondemos: ninguna dictadura puede tener otro objeto que su perpetuación y que no es capaz de engendrar ni de desarrollar en el pueblo que la soporta más que la esclavitud; la libertad no puede ser creada más que por la libertad, es decir por la rebelión del pueblo y por la organización libre de las masas laboriosas de abajo a arriba.

Más tarde tenemos intención de examinar con más detalles y desde más cerca esta cuestión a cuyo alrededor gira todo el interés de la historia contemporánea. Por el momento atraemos la atención del lector sobre el hecho siguiente — hecho muy significativo que se repite invariablemente.

Mientras que la teoría político social de los antiestatistas o anarquistas les lleva infaliblemente y directamente a una ruptura completa con todos los gobiernos, con todos los matices de la política burguesa, no dejando otra salida que la revolución social, la teoría opuesta de los comunistas estatistas y de la autoridad científica arrastra con la misma infalibilidad y embrolla a sus partidarios bajo el pretexto de táctica política, en transacciones incesantes con los gobiernos y los diferentes partidos políticos burgueses; en otras palabras, los lleva directamente hacia la reacción.

(De Estatismo y Anarquía, volumen I, de Obras Completas, traducción de A. Schapiro y D. A. de Santillán, en preparación.)

PEDRO KROPOTKIN

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA

TOLSTOY

(Continuación)

Y se comprende fácilmente la impresión que este movimiento produjo en Tolstoy, por cuanto él mismo había, hacia el sesenta, compartido idénticos ideales y había tentado propagarlos en las aldeas rusas y ahora volvía a ellos. Si Tolstoy hubiese tenido veinte años, probablemente se habría unido en una u otra forma al movimiento, a pesar de todos los obstáculos. Pero tal como era, en su ambiente y especialmente después que se había ocupado del problema "¿dónde está la palanca capaz de mover constantemente el corazón humano, para devenir la fuente de una profunda reforma moral de cada individuo?", con tal pregunta ante el espíritu, debía luchar mucho antes de llegar a dar este paso inconscientemente. Para nuestros hombres y mujeres jóvenes, el simple hecho de poder adquirir, gracias al trabajo de las masas, una educación, era suficiente para estar reconocido hacia las mismas y trabajar por ellas. Dejaban sus ricas casas, llevaban la vida más simple, y apenas se distinguían de aquella de los obreros y consagraban su existencia al pueblo. Pero por muchas razones: educación, costumbres, ambiente, edad y tal vez el gran problema filosófico que lo ocupaba, Tolstoy debió pasar a través de las más dolorosas luchas antes de llegar, si bien por otro camino, a la misma conclusión; es decir, antes de concluir que siendo él una parte de la divinidad ignota debía cumplir la voluntad de esta divinidad, la cual exige que cada uno trabaje por la felicidad universal (1).

A pesar de todo no dejó de obrar tal como debía. Las dificultades que le tropezaron en su camino antes de poder seguir los dictámenes de su conciencia, debieron ser grandes. Basta ver las cartas de su mujer, publicadas por Mr. Maude o leer su drama: *La luz brilla en las tinieblas*, publicado en el segundo volu-

men de sus obras póstumas, para darse cuenta de estas dificultades. Los sofismas contra los cuales debió combatir especialmente cuando todos los admiradores del genio protestaron contra su condena a los escritos anteriores, son fáciles de imaginar. Hemos de admirar la fuerza de sus convicciones cuando, finalmente, cambió por completo en su modo de ver la vida.

La pequeña habitación que desde entonces habitó en su rica mansión se ha hecho famosa por una fotografía reproducida en todo el mundo. El retrato de Tolstoy detrás del arado, pintado por Riepin, ha dado igualmente la vuelta al mundo y es considerado por el gobierno ruso tan peligroso que ha sido sacado de la galería donde era, expuesto. Limitaba su existencia a lo estrictamente necesario y a la más simple comida, hizo todo lo que pudo, hasta que sus esfuerzos físicos se lo permitieron, para ganársela por medio de su trabajo. Y sin embargo en las postrimerías de su vida escribió más que en los años de su mayor producción literaria.

Son conocidos los efectos de este ejemplo dado por Tolstoy a la humanidad. Pero él creyó que fuese un deber dar también las razones filosóficas y religiosas de su conducta; y lo hizo en una serie de obras notables.

Guiado por la idea que millones de hombres, simples trabajadores, realizaban el sentido de la vida encontrándolo en la vida misma considerada por ellos como el cumplimiento de "la voluntad del creador del universo", aceptó la simple fe de las masas de los campesinos rusos y practicó con ellos los ritos de la iglesia greco-ortodoxa, si bien su espíritu fuese rehacio a los mismos. Pero les marcó un límite a estas concepciones, ya que constituían formas de la fe que positivamente no podía aceptar. Veía, por ejemplo, que

si durante la misa, antes de la comunión, declaraba entender esta última en el sentido literal de la palabra — y no en el figurado — afirmaba algo que no podía decirlo con conciencia plena. Además, conoció por entonces a los campesinos no conformistas Sintaref y Boudorjof, a los que respetaba profundamente, y pudo ver, en sus conversaciones con ellos, que con su unión a la iglesia greco-ortodoxa, daba una mano a la abominable persecución de los no conformistas, esto es: apoyaba el odio que ambas iglesias se profesaban.

En consecuencia, emprendió un estudio completo del cristianismo, sin tener en cuenta las doctrinas de las diversas iglesias, dedicándose a una esmerada revisión de las traducciones de los evangelios, con la intención de distinguir el significado real de los preceptos del gran Maestro, de lo que había sido añadido por sus sucesores. En una obra notable y elaboradísima (*Crítica de la teología dogmática*) demostró cómo difieren de manera fundamental las interpretaciones que las iglesias dan a la palabra de Cristo. Y luego trabajó, con plena independencia, por una interpretación de la doctrina cristiana, que es extraordinariamente parecida a las interpretaciones que han sido dadas por todos los grandes movimientos populares — en el siglo IX en Alemania, más tarde por Wycleff y por los primeros anabaptistas; como Hans Deuchl (2) — dando sin embargo, como los cuáqueros, un valor especial a la doctrina de la no resistencia.

LA INTERPRETACION DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Las ideas que Tolstoy fué elaborando poco a poco están expuestas en orden, en tres obras separadas: 1.º) *Teología dogmática*, cuya introducción es más conocida con el título de *Confesiones* y que fue escrita en 1882; 2.º) *¿Cuál es mi fe?* (1884); y 3.º) *¿Qué debemos hacer?* (1886) a la que es menester añadir: *El reino de Dios en vosotros mismos, o bien el cristianismo como doctrina mística sino como una nueva comprensión de la vida* (1900) y sobre todo el pequeño libro *La doctrina cristiana* (1902) que está escrito con breves y concisos parágrafos numerados, como un catecismo, y contiene una plena y definitiva exposición de las vistas de Tolstoy. Las otras obras que se refieren al mismo asunto — tales como: *La vida y la doctrina de Jesús*, *Mi respuesta al edicto de excomunicación del Sínodo*, *¿Qué es la religión?*, *Sobre la vida, etc.*, fueron publicadas en el mismo año. Estos libros representan la obra de Tolstoy durante los últimos treinta años y por lo menos cuatro: (*Confesiones*, *Mi fe*, *¿Qué debemos hacer?* y *La doctrina cristiana*) deben ser leídos en el orden indicado, en correctas traducciones, si se quiere conocer las concepciones religiosas y morales de Tolstoy y librarse de las ideas confusas que a veces son presentadas como tolstoyanas. Por lo que respecta a la breve obra *La vida y la doctrina de Jesús*, encierra, por así decir, los cuatro evangelios en uno, contados en una lengua fácil y comprensible, exenta de elemento místico y metafórico; contiene la concepción tolstoyana del evangelio.

Estas obras representan la tentativa, más notable de interpretación racionalista del cristianismo que jamás se haya hecho. El cristianismo se nos aparece aquí libre de todo gnosticismo y misticismo, como una doctrina puramente espiritual, que guía al hombre a la vida superior, una vida de igualdad y de pacíficas relaciones con todos los hombres. Si Tolstoy acepta el cristianismo como base de su fe, no es porque lo considere como una revelación, sino porque su doctrina, purificada de todas las añadiduras que han sido puestas por las iglesias, encierra la misma solución del problema de la vida que con más o meaos claridad nos ha sido dada por los mejores hombres, ya antes o después de los congresos, desde Moisés, Isaías y Confucio a los más antiguos filósofos griegos, desde Budha y Sócrates hasta Pascal, Spinoza, Fichte, Feuerbach y todos los otros, a menudo desconocidos, que sin querer dar a su doctrina valor de fe, nos han enseñado con sinceridad el significado de la vida; porque tal doctrina da "una explicación del significado de la vida" y "una solución de esta contradicción entre la aspiración a la vida y al bien y la conciencia de su imposible unión (*Doctrina Cristiana*) entre el deseo de la felicidad y de la vida por una parte y por la otra la percepción

siempre más clara de la certez de la intensidad y de la muerte", (id., párrafo 10).

En lo que se refiere a los elementos dogmáticos y místicos del cristianismo, que trata como puras agregaciones a la verdadera doctrina de Cristo, son considerados por él tan dañosos que le sugieren observaciones de esta índole: "Es terrible decirlo, pero a menudo he tenido este pensamiento: si la doctrina de Cristo, junto con la doctrina de la iglesia que ha crecido sobre aquélla, no existiese, los que hoy se llaman cristianos estarían más cerca de la doctrina de Cristo, es decir de una doctrina razonable sobre el bien de la vida, que lo que actualmente lo está. Las doctrinas morales de todos los profetas de la humanidad no se les hubiesen prohibido" (3).

Pone de lado todas las concepciones místicas y metafísicas, que han sido hiltanadas con el cristianismo y concentra toda su atención sobre los aspectos morales de la doctrina cristiana.

Uno de los medios más poderosos — dice — que impide a los hombres armonizar su vida con la doctrina cristiana es la "mentira religiosa". La humanidad avanza lentamente, pero irresistiblemente, hacia una concepción siempre más alta del verdadero sentido de la vida y de una organización de las instituciones de la vida, que correspondan al desarrollo de la conciencia. Pero en esta marcha ascendente no todos los hombres proceden de igual manera y los menos capaces continúan adheridos a sus precedentes opiniones y formas de vida y tratan de mantenerlas firmes. Esto lo obtienen por medio de la mentira religiosa que consiste "en la confusión intencional de la fe con la superstición y en la sustitución de una a la otra" (*Doctrina cristiana*). La única posibilidad de librarse de esta mentira — dice — "es comprender y recordar que el hombre posee sólo un medio para conquistar el conocimiento: la razón y por consiguiente toda doctrina que

afirma algo que sea contrario a la razón peca por falsa." En conjunto, Tolstoy pone de relieve con particular énfasis este punto importante de la razón (ver *Doctrina Cristiana*).

Otro obstáculo grande para la difusión de la doctrina cristiana lo ve en la fé corriente de la inmortalidad del alma — tal como se entiende hoy (*Mi fe*).

"En esta forma lo repudia: "pero podemos, dice, dar a nuestra vida un significado más profundo, poniéndola al servicio de los hombres — de la humanidad — sumergiendo nuestra vida en la vida del universo, y si bien esta idea puede parecer menos atrayente que la idea de la inmortalidad individual "es pequeña, pero segura" (*Doctrina Cristiana*).

Cuando habla de Dios parte a menudo de un punto de vista panteísta y describe a Dios como la vida o como el amor o en general como el ideal, del que el hombre es consciente en sí mismo. (*Pensamientos en Dios*, reunidos por V. y A. Cherkof); pero en su última obra (*La doctrina cristiana*, cap. 7 y 8) prefiere identificar a Dios con el "deseo universal de felicidad que es la fuente de toda la vida". De manera, que según la doctrina cristiana, Dios es aquella Esencia de la vida, que el hombre reconoce en sí mismo como en todo el universo, como deseo de felicidad, que es al mismo tiempo la causa por la cual esta esencia está encerrada y condicionada en la vida individual y corporal". "Todo hombre que piensa — dice Tolstoy — llega a una conclusión semejante. Un anhelo de felicidad universal aparece en todos después que a una determinada edad se ha despertado la conciencia racional; y en el mundo que circunda al hombre se muestra el mismo deseo, cada ser mira su propia felicidad. Estos dos deseos "se reúnen en una mirá distinta, definida, realizable y llena de alegrías para el hombre". En consecuencia, termina la observación, la tradición (religiosa) y la razón, nos muestran con evidencia que "la máxima felicidad de cada uno, a la que aspiran todos los

Mientras las multitudes se imaginan tener en sus manos la soberanía, sin saber de ella más que la apariencia, serán sucumbiente ruidos propicios para maldad, al que se arigiran lanzando gritos de alegría. — Ch. LAISAN.

hombres, puede obtenerse solamente en una perfecta unión y concordia entre los hombres". Las tres indican que el trabajo remediado para el desarramo del mundo, al cual el hombre es llamado a tomar parte, es "la sustitución de la unión y la armonía en lugar de la división y discordia". La tendencia interior de ser espiritual — el amor — que es en germinante — lo estimula en la misma dirección.

Unión y armonía, y el infatigable y fuerte para promoverlo, en que consisten no sólo todo el trabajo exigido por la conservación de la propia vida, sino el trabajo para promover el bienestar universal — son éstos, pues, los dos acuerdos finales en los que encuentran su solución todas las discordias, todas las tempestades, que por más de veinte años habían desencadenado en el espíritu del gran artista, todos los éxtasis religiosos y las dudas racionalistas que habían agitado su inteligencia superior en una continua indagación de la verdad. Sobre las máximas alturas metafísicas, la tendencia y el esfuerzo de cada ser que ama por su propia felicidad — que es egoísmo y amor al mismo tiempo, porque es amor de sí y este amor racional debe abrazar a todos los otros de la misma especie. Es tendencia a la felicidad individual tiende por su naturaleza misma a comprender todo lo que existe. "Extiende sus límites naturalmente con el amor, primero a familia — la mujer y los hijos — después a los amigos, por último a los compatriotas; pero el amor no está satisfecho y tiende a abrazarlo todo".

(Concluirá)

LOS OFICIOS



GRABADOS DE A. WOHLERM ANN Y H. STARNBERGER

(1) "Lo que muchos decían y que también he de creer, es decir: que no meñester desear la felicidad, no para mí mismo, sino para los otros, para el prójimo y aun para todos los hombres, no me satisfacía. Ante todo, no podía desear sinceramente para los otros mayor felicidad que para mí mismo; en segundo lugar, los otros, como yo, estaban condenados a la infelicidad y a la muerte y por lo tanto todos mis esfuerzos hubiesen sido inútiles. Desesperé." La concepción de que la felicidad de cada uno se encuentra en la felicidad de todos no era compartida por él y por consiguiente tendía a la felicidad de todos no constituía un fin suficiente en la vida.

(2) Véase: *Anabaptism from its Rise at Zurich to its Fall at Münster* 152-153, by Richard Heath Baptist Manual 1 — 1895.

(3) *¿Cuál es mi fe?* Cap. V, pág. 142 de la edición Cherkof de las Obras prohibidas por la censura rusa. En la pág. 18 y 19 de la pequeña obra *¿Qué es la religión y su contenido?*, Tolstoy se expresa más seriamente aún sobre el "cristianismo de la iglesia". En este ponderable libro nos da sus ideas sobre la substancia de la religión en general, por las cuales puede deducirse sus deseables relaciones con la ciencia, la filosofía sintética y la ética filosófica.

OPRAS COMPLETAS
de MIGUEL BAKUNIN
VOLUMEN I

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

PROLOGO DE H. NETTLAU

PRECIO: \$ 1.50 m/n

Edition especial, papel pluma... 2.00
" " encuadernado en tela... 3.50